

Ensayo

del amor al intelecto

3er. Premio:

Jorge Edmundo Beyer / Facultad de Derecho

Amor omnia vincit; et nos cedamus amori...

VIRGILIO.

Creo que todos amamos. La importancia de hacerlo está en la elección y en que haya un músculo que vibre en fidelidad continua.

Ya formé mi selección: amo al intelecto.

Nunca le había declarado mi amor. Lo hago hoy, sin saber si en realidad podré, a través de un ensayo.

Considerar que el ensayo ha menester de la serenidad que acompaña al frío, es mirar las cosas del otro lado de la vida: ensayar no es, como supuso alguien al leer al joven Ortega y Gasset, el que maduró hasta anunciar "la aurora de la verdad histórica", la misión de la Universidad Española y la altura de los tiempos, escribir para quienes se interesan por las cosas aparte de sus consecuencias. Ensayar es llevar el ansia de verdad prendida al espíritu, inseparable y tortuosa, para buscar con afán de ciego la manifestación última del todo.

El ensayo no puede quedar formado por la reunión sistemática de citas provenientes de las plumas de Taine, Mallarmé, Vives o Goethe; ensayo es experimento cotidiano, nuevo en cuanto a su virginidad de esencia, viejo por su constancia repetida a diario.

El mundo es problema y contradicción. Apoyar una filosofía propia exige tener conciencia de que se es: ubicar la mayor fortuna o la mayor desgracia en el hecho de que los principios básicos, debiendo de ser absolutos, sean absolutamente relativos. Saber por último que los dilemas que el mundo plantea primariamente viven pegados a la piel, nutriendo su hambre bajo nuestro miedo; por eso la máxima enseñanza es aprender que huir de ellos no es eludirlos, sino fincar la conformidad sobre el cansancio.

Hacer un ensayo es explotar la luz que nace en el fondo del espíritu, generada por la meditación consuetudinaria que se fomenta al transitar por el camino.

Unamuno leía no para comentar, sino para enriquecerse, para encender la pasión. *Letanía erótica para la paz*, cúspide perfecta de la obra literaria de Griselda Álvarez, me ha excitado en impulsos y despertado en inquietudes.

Ella no alaba directamente el amor. Ella dice:

Eras solo.
En el pecho llevabas un hueco.
Las auroras eran amargas
como niños que quieren saber de qué color es el viento.

Versos que son inicio magistral de un esbozo de la jornada inhóspita del hombre no amado, del hombre no amante: el que "era amigo del abismo" porque al mundo lo hacía el eco. No había participios para el verbo amar. Porque quien fue primero no se había descubierto a sí mismo.

Se prepara así la antítesis monumental. Del barro de la soledad surge el canto:

Pero un día enfebrecido, te me abriste del pecho.
Te nació desde un grito
o tal vez desde un largo silencio.

El encuentro tuvo la simpleza que es definitiva. Ya hay pareja.

Somos los dos.
Quemados por la misma llama,
ungidos por el mismo aceite,
sucios por la misma ceniza,
doblados por la misma lluvia,
amados por el mismo viento.

Pero el amor, así, simple amor, es como todas las cosas, término nacido para la propiedad difusa del género próximo. Stendhal, en su obra *Del amor*, obsequia un esquema base, añadiendo especificaciones de diferencia.

No. No ha dividido al amor. Porque la división es operación que se lleva en detrimento del todo, rompiendo vínculos que fusionan para sustraer a las partes de las circunstancias comunales.

Le ha clasificado. Pues si la división se hizo para la parte, la clasificación nació para el todo y su ritmo de coherencia.

Curiosa situación es ésta. Crear las especies sin averiguar la naturaleza del género. Se lee tanto de él y se le invoca bajo la familiaridad con que las monedas se pasan de mano a mano, que había olvidado plantear el enigma inicial: ¿Qué es el amor?

Fromm utiliza como permisa de sustentación el hecho de considerar al amor como un arte. Bien se debe distinguir entre la naturaleza amorosa y su arte, como al sustantivo del adjetivo.

El arte es asunto de procedimiento, reunión de ritos y de métodos. Saber que el amor es un arte no indica solución alguna. Pues los caracteres distintivos de una cosa definen la forma de realizarla:

El arte replica a un cómo, mismo que arrastra ya un cortante qué.

No admito que racionalmente sea suprimida la progresión que la lógica enseña, convirtiendo los presupuestos en conclusiones.

Medir la extensión conceptual del amor a través de los métodos que se observan en su ejercicio carece de posibilidades de éxito, pues habría tantas definiciones como sistemas se descubriesen.

Venga pues la linterna de Diógenes. Buscaré, no un hombre, sino un amante sincero:

Dante me hablará de Beatriz.

Petrarca contará de Laura.

Romeo de su Julieta y de las barreras vencidas por el fuego que enardece.
Y Griselda me dirá sólo de su amor al intelecto...

Alguien, en alguna ocasión, se disculpó: "No te puedo amar porque los jóvenes creen en un derecho de propiedad."

Pero ¿qué Dante no sabía suya a Beatriz, Petrarca a Laura y Romeo a Julieta?

Todos son dueños de lo amado como Griselda lo es de su intelecto. Porque amar es pertenecer en carne y espíritu a la fe de una idea: compartir una soledad interna.

De la fórmula tradicional citada a través "del naufragio de los tiempos" "ama a tu prójimo como a ti mismo", arranco la unión del amante y de lo amado en una persona y justifico mi teoría. Se da inclusive "la vivencia de la separatividad", fuente de toda angustia, según calificativo de Fromm, dentro del hombre reflejo de su ser.

Como ya quizá Griselda lo intuye prendiendo la angustia al verso:

"llevabas tu soledad hasta el crepúsculo..."

Únicamente hay que reafirmar que la soledad apresa, dentro de muchedumbres también, a quien o quienes sólo llevan el eco que vaga en la desgracia de una falta hecha vacío.

El complemento de la relación amorosa se encuentra en nosotros —y mejor amante se es mientras más dentro se clava lo amado. Luis Cernuda apuntó que en las profundidades del palpito mora alguien que hace factible el diálogo interior, que comprendido entre los sonidos extraños del monólogo, parece orar:

Soy la medida exacta salida de tu barro...

Tal es el intelecto y tal su poseedor: "la pareja que alargó su ancianidad en compañerismo" y "que no mira el color diferente de la piel".

Ahora, ¿a qué reglas debe ese amor sujetarse?

El qué, cómo, para qué y por qué del intelecto proporciona los principios que irán bordeando su área de aplicación.

Si al bondadoso se le identifica después de la bondad; al intelecto, después de la intelectualidad.

La intelectualidad es la diferencia suprema, es la silla del imperio humano.

El genial Ortega escribía que las ideas se tienen y que en las creencias se está. Que el intelectualismo ha invertido el valor de los términos —"pensar en una cosa" y "contar con ella". Que el valor de las cosas pensadas es secundario ante el poseído por las cosas "contadas" o "sabidas". ¿Qué acaso la creencia no fue, para ser con solidez y equilibrio elemento favorable, en día alguno cosa pensada?

La creencia surge con la reunión de los escombros dejados por las ideas allanadas, mancilladas, en la posición y oposición de premisas.

El alcance de la afirmación de Ortega pudiera haber sido avasallador. Colocar sobre la idea a la creencia y hacer que ésta descienda de algo diverso del intelecto es negar valor a la causa eficiente de la supremacía humana.

El intelectualismo tiende a considerar como lo más eficiente de nuestra vida lo más consciente: aquello de mayor conciencia, producto de la certeza relativa de que a mismos supuestos se presentan las mismas consecuencias.

Utilizando sus términos, contestaré que "contamos con una cosa" en virtud "de haber pensado en ella".

Yo quiero que la idea sea el paso a la creencia, después de su confirmación. Pues la verdad no acaba donde empieza la fe, ésta debe ser consecuencia de aquélla.

Maravilloso sería contar con la fe para lo verdadero, lo que ha sido comprobado. Porque el mundo se divide ideal y fácticamente en verdades y teorías, debe hablarse de la fe de la verdad y no de la verdad de la fe como ha solido hacerse.

Y, finalmente, porque mi vocación intelectual repudia el error, tengo fe en la verdad, pues su previa comprobación excluye éste.

A la intelectualidad interesan las palabras en cuanto a su contenido ideal y hablar es la más alta y más difícil de las profesiones del ser inteligente.

La intelectualidad tiene a la inteligencia por principio y al entendimiento como efecto.

Amar al intelecto, en consecuencia, es fortalecer la inteligencia con interés y constancia y proporcionar al entendimiento una escala valorativa, amplia y suficientemente elástica.

El interés por determinada cosa, el cultivo intelectual de sí mismo, es materia que no escapa a la intensa seducción del medio ambiente, yunque en que se forjan las personalidades. Tampoco se le ha declarado exento en el asunto hereditario —marcadas habilidades y proclividades—, en el cual el atavismo ya no actúa como regresión, sino como nexo llano con lo pasado.

Así, el medio en que se fortalece el espíritu y las nociones particulares del instinto, esbozan las líneas generales del comportamiento para con nosotros mismos.

La influencia más íntima de los otros en relación con nuestro estilo de amar al intelecto se muestra en la posibilidad de medir —comparar— alcances y realizaciones a través de una transitoria imitación lógica. Pues esa conciencia de imitación no permanente es la que establece diferencias entre los verdaderos teóricos y los aparentes.

La lucha ha de ser constante. Porque las mejoras allanan los caminos, y si bien "los caminos tortuosos sin mejoras son los caminos del genio", ¿cuántos son los señalados para la genialidad?

Urge que la juventud universitaria de México, para quien en particular escribo, aprenda que la pureza del espíritu es elevación en cultura. Porque el intelecto parece decirnos, haciendo suyos los versos de Griselda Álvarez:

porque me doy entera como un día de sol,
porque soy la constante,
porque soy la distinta,
porque me llenas de amor hasta las lágrimas.

Que se lea para estudiar y que no se estudie sólo leyendo. Que sea "nuestra aurora de la verdad histórica" la creciente comprensión del pasado para abrigar esperanza en el nuevo amanecer que al futuro aguarda.

Que la gloria de conocer es hermana e instrumento de la libertad. Porque sólo sabiendo se es libre. La patria necesita una generación que busque la lucha no por la lucha misma, sino por la patria en sí. Hemos permanecido en silencio porque el espíritu nacional se ha manchado con la falsedad de otros amores.

No más juventudes de huérfano vigor. Cada día, jornada fecunda en trabajo, sea victoria sobre la ignorancia, sobre el no saber, forma oscura del no ser.

Que el hombre aprenda a amar a otros a través de sí, para ser sobreviviente saludable, pues:

Dicen que la muerte llueve
y en alambres de púas se clavan las preguntas...

